

gidsima Madre. Con vuestras obras de piedad la confortais dulcemente en sus amarguras; con hacerle oír á menudo el dulce nombre de madre alegráis su corazon amoroso. ¡Ah! no tardará en mostrarse madre compasiva y poderosa, que os asistirá en los varios y peligrosos vaivenes de esta vida, y especialmente en la hora extrema confortará vuestra agonía con la memoria de la de su querido Hijo. Y, cuando vuestro espíritu estará á punto de soltar los penosos lazos del cuerpo, vendrá ella misma á recibirlo y lo guiará como por la mano al seno de su Hijo y al triunfo beatífico del paraíso. Así sea, querida Madre, tanto en mí como en cada uno de los devotos que me escuchan é invocan todos los dias con confianza y corazon compungido y verdaderamente piadoso el nombre de Madre: *Quando corpus morietur, fac ut animæ donetur paradisi gloria.* Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus... (Thren. I, 12).

O vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y mirad si hay dolor como mi dolor...

1. Un celo santo me arrebató, y un tierno sentimiento me domina. Al ver juntarse en un concilio... Al mirar á una Madre..., desfallece el ánimo... *Collegerunt pontifices et pharisæi concilium...*
2. La festividad presente nos pone á la vista una Madre triste, desconsolada...: una Madre..., que exclama: *O vos omnes...*
3. ¿Quién al ver á María llena de dolores..., no la acompañará anegado como ella en un diluvio de llanto? *Quis est homo qui non fleret*, etc.? Sería menester tener un corazon de pedernal...
4. Si os hubiérais hallado en Jerusalem cuando se celebró el concilio de que nos habla el Evangelio..., ¿no os hubiérais presentado allí para confundir la...? Infelices jueces, diríais, ¿ignorais acaso...? ¿No sabeis...?
5. Voy á hablaros de los dolores de María por la muerte de su Hijo, y vosotros trataréis de aborrecer el pecado, causa de la muerte del Hijo y de los dolores de la Madre...
6. El Evangelio de Jesucristo, aquel libro divino en que..., nos dice: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. Una cruz..., un Dios crucificado..., y una Virgen que presencia la... Ved ahí tres misterios... Los Crisóstomos, los Damascenos, etc., agotaron su elocuencia comentando dichas palabras, y nos las dejaron tan llenas de... ¿Qué podré, pues, yo decir...? Hablemos, sin embargo, de los dolores de la Virgen, firmemente convencidos de...

Primera reflexion: Los dolores de María fueron continuos.

7. Amor de las madres para con sus hijos... Cuando María no hubiese tenido mas que ese amor comun, su dolor hubiera sido bien terrible... Mas ¡ay! que el amor de la Virgen...

8. Perfecciones de María... Compendiábanse en ella las de Abel, Abrahan, etc. *Talibus namque*, dice san Jerónimo, *docebat Virginem oppignorari muneribus*, etc.

9. Estas mismas gracias, léjos de disminuir ó minorar, aumentaban por el contrario sus dolores... Su comprension y penetracion... ¡Qué dolor aun antes que naciera su Hijo amado!

10. Nacido ya, previó ella y supo cuánto tenía él que padecer... *Et tuam ipsius animam*, etc. La fuerza de su amor no se interrumpia un momento..., luego era preciso que su dolor... Preguntadla... y os responderá con David: *Astiterunt reges terræ*, etc. Preguntadla..., y os responderá con Isaías: *Non est species ei*, etc. Preguntadla..., etc., y veréis cuánto la Virgen padecía en su niñez y adolescencia, en su juventud, en su ancianidad...

11. ¿Y cómo no sería ahora un nuevo dolor para María ver correr á muchos de los cristianos...? ¡Oh Virgen afligidísima! con cuánta razon volveriais á decir: *O vos omnes*, etc. ¡Oh hermanos míos! por la sangre de Jesucristo y por los dolores de María os suplico...

Segunda reflexion: Los dolores de María fueron universales.

12. Cuando el dolor, á mas de continuo, se hace universal, es imponderable su tormento. Así lo vemos en María... Sacrificio que Dios exige de Abrahan... ¿Podeis considerar este célebre acontecimiento sin comprender que un dolor universal traspasaría el corazon y el alma de...?

13. Diferencia enorme entre el amor de María y el de Abrahan, entre ella y las demás madres, entre Isaac y Jesús... Agar no tuvo valor para ver morir á Ismael: *Non video*, etc. María no solo no se aparta de su Hijo, sino que se acerca...

14. ¿Quereis hacer mas universales sus dolores? Haced que vea vuestra falta de devocion..., vuestras inmodestias..., que oiga vuestras conversaciones..., que entienda... Pero no, enmendad vuestros desórdenes... Os lo ruego por el amor...

Tercera reflexion: Los dolores de María fueron vehementes.

15. Cuando un dolor es intenso y extraordinariamente vehemente, no hay fuerzas en lo humano para soportarlo... Dolores de Job... Sus amigos no se atrevian siquiera á hablarle, *videbant enim dolorem esse vehementem*.

16. Dolores de Jesucristo en el Calvario incomparablemente mayores que los de Job... Los amigos de este le consolaban... Los de Jesús habian huido, y sus enemigos le insultaban, le blasfemaban... *Vah qui destruis*, etc. *Si Filius Dei es*, etc. Job... Jesús...

17. Ved ahora á la Virgen al pié de la cruz... Es un prodigio de amor y un prodigio de dolor... Vedla cómo mira..., cómo oye..., cómo... ¿Hasta dónde llegaría la vehemencia del dolor en una Madre...? *Consummatum est*, dice el Hijo... ¿Y Vos quedais con vida, ó divina Madre...? ¿Vos entregais á la muerte...? Santos Ángeles... *O vos omnes qui*...

18. Ó bienaventurados Bernardo y Buenaventura, comunicadme... Vosotros confesábais que... Y á la verdad, *quis posset non contristari*, etc. — *Eja, Mater, fons amoris*, etc. — *Fac ut ardeat cor meum*, etc.

19. Mas ¡ay! ¿estais con estos sentimientos, vosotros...? Veis que los mismos que estaban en el Calvario... ¿Y vosotros os empeñaréis...? Veis que el sol..., que la tierra..., que... ¿Y solo vosotros...? ¡Oh dureza incomprendible...! ¿Qué os falta ya sino...? Llega, jóven libertino, casado impuro... Corred, no os detengais... Pero no, no os abalanceis... Respetad la... Desterrad de vosotros... Llorad... Llorad con lágrimas de... La Virgen las presentará á su Hijo: este las admitirá gustoso, y...

SERMON II

SOBRE

LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

O vos omnes qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus... (Thren. 1. 12).

O vosotros, todos los que pasais por el camino, atended, y mirad si hay dolor como mi dolor...

1. Entre cuantas veces pudiera presentarme á vuestra vista desde esta cátedra del Espíritu Santo para anunciaros la palabra del Señor, jamás se hallaria mi corazon mas combatido de vehementes afectos que en este dia. Un celo santo me arrebatara, y un tierno sentimiento me domina. Al ver juntarse en un concilio infucuo los pontífices y fariseos para sentenciar á un inocente, parece que el corazon late en el pecho con impulsos vehementes como deseando castigar tal injusticia. Al mirar á una Madre pura, inmaculada, santa y perfectísima, tolerar, sufrir y padecer en el alma los mas acerbos dolores, se debilita el aliento, desfallece el ánimo, y queda el espíritu anegado en sentimiento. El Evangelio nos representa un concilio, en que juntos los escribas, los fariseos, los sumos sacerdotes y otras personas distinguidas, tratan de dar la muerte á nuestro dulcísimo Redentor: un concilio al que la envidia congrega, el furor aconseja y la crueldad decide: un concilio en que se hallan unos hombres de cuyas bocas se disparan saetas que hieren, y cuyas lenguas son espadas que dividen¹: un concilio, en fin, contra Jesucristo: *Collegerunt pontifices, et pharisæi concilium adversus Jesum*².

2. La festividad presente nos pone á la vista una Madre anegada en llanto á la violencia del dolor: una Madre triste, afligida y desconsolada oyendo tratarse de la muerte de su Hijo amado en quien su corazon se complacia y descansaba: una Madre, en fin,

¹ Filii hominum dentes eorum arma, et sagitta: et lingua eorum gladius acutus. (Psalm. LVI, 5).

² Joan. XI, 47.

como María santísima, padeciendo los dolores mas terribles, cuya violencia la compelia á exclamar: Vosotros cuantos vivís sobre la tierra, considerad, y ved si hay dolor semejante á mi dolor: *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus.*

3. Comprended, pues, ahora la verdad de mi pensamiento. ¿Quién al ver á María santísima llena de dolores y de penas, estar conociendo con la sublime ciencia de que la habia enriquecido el Omnipotente, como los pontífices y fariseos, con un interior dañado, con una voluntad perversa y un corazon ingrato, trataban de acabar con la lumbré de sus ojos, con el descanso de su espíritu y con la alegría de su alma: con aquel Hijo hermoso sobre los hijos de los hombres y todo amabilísimo: con aquel Hijo inocente, que en breves dias seria vendido, preso, azotado, escupido, coronado de espinas, escarnecido, y, últimamente, crucificado y muerto: quién habrá, digo, entre vosotros que no acompañase á la Madre de Jesucristo en tan tierno sentimiento, y anegado en un diluvio de llanto? *Quis est homo qui non fletet, Christi Matrem si videret in tanto supplicio*¹? Seria menester tener un corazon de pedernal ó de bronce para no sentirse apoderado de este compasivo afecto al considerar las tristes palabras con que habla la Madre al Hijo de su dolor: ¡Oh cuánta es mi afliccion, Hijo mio Jesús, hermoso sobremanera, y amable sobre todo el amor de las criaturas²! Ved con cuánta razon dije en el principio de este discurso que me sentia afligido de un tierno sentimiento.

4. Pues no es menor verdad que un santo celo me está enardeciendo contra la maldad de los que tratan de condenar á Jesús. Vosotros mismos, cristianos míos muy amados, á quienes la devocion para con la Reina de los cielos ha congregado en este santo templo, lo experimentais mejor que yo. Decidme ingénuamente: si os hubiérais hallado en Jerusalem cuando se celebró el concilio de que nos habla el Evangelio, y hubiera estado vuestro espíritu ilustrado con las luces de la fe, con la cual conociéseis indubitavelmente la santidad y dignidad del Hijo y la bondad y perfeccion de la Madre, como ahora por la misericordia de Dios lo conoceis, ¿no es cierto que con un ímpetu fervoroso os hubiérais presentado en aquel concilio, y confundido la maldad de aquellos hombres? Sin

¹ In hymno: Stabat Mater dolorosa...

² Doleo super te, fili mi Jesu, decorus nimis, et amabilis super amore mulierum. (Ecclesia in Officio hujus diei).

duda alguna. Infelices jueces, diríais abrasados en un santo celo, ¿ignorais acaso que el hombre que tratais de sentenciar á muerte es un Dios humanado por vuestra misma salud y remedio? ¿No sabeis que es aquel Mesías anunciado por los Profetas, esperado por los Patriarcas, adorado de los Magos, reconocido y publicado por el gran Bautista? Aquel hombre que resucita á los muertos, da vista á los ciegos, movimiento á los tullidos, habla á los mudos, oído á los sordos, que ahuyenta á los demonios y sana á todo género de enfermos? Aquel hombre que manda á los vientos y le obedecen: que camina á pié firme sobre los mares, y todos los elementos se le humillan y le sirven? Aquel hombre humilde, veraz, laborioso, manso, benéfico, misericordioso y caritativo, que enseña con obras y con palabras el camino del cielo, y de quien vosotros mismos habeis dicho que todo lo ha hecho bien? Si es verdadero vuestro testimonio, ¿por qué delito le condenais ahora? Y si no le ha cometido, ¿por qué, ó jueces injustos, sentenciais á morir á un inocente?

5. Mirad como el corazon se siente enardecido con una ira santa con la consideracion de los misterios que concurren en la festividad presente. Mirad con cuánta verdad dije en el principio que un celo santo me arrebatava, y un tierno sentimiento me oprimia. Y siendo el fin del orador evangélico mover los ánimos de sus oyentes á aquellos virtuosos afectos que digan mas conformidad con el asunto, felizmente nos hallamos hoy á la primera insinuacion del discurso con un odio santo contra la culpa que fue la causa de la muerte del Redentor, y con una tierna compasion al considerar los dolores de su Madre. No es fácil, ciertamente, elegir un asunto mas natural, mas piadoso, ni mas oportuno para desempeñar el gravísimo ministerio de anunciaros la palabra del Señor con aprovechamiento de vuestras almas, y á la mayor gloria de Dios, y de su beatísima Madre y nuestra, María santísima. He dicho con advertencia que me parecia un asunto conveniente para tan santos fines; porque si tuviera por desgracia otros designios, ó si vosotros viniérais á escucharme por curiosidad, con indiferencia y sin ánimo de aprovecharos, verdaderamente, hermanos míos, que apareceríamos todos como delincuentes en la presencia de Dios: yo porque abusaba de mi sagrado ministerio, y vosotros porque me oíais sin ánimo de aprovecharos de la palabra de Dios. No, amados míos, no sea así. Yo procuraré hablaros sencilla y afectuosamente de los

¹ Bene omnia fecit; et surdos fecit audire, et mutos loqui. (Marc. vii, 37).

dolores de María santísima por la muerte de su Hijo, y vosotros trataréis de aborrecer el pecado con toda la fuerza de vuestro corazon, pues él fue la causa de la muerte del Hijo, y de los dolores de la Madre; y de este modo todos cumpliremos con nuestra obligacion. Dios apareció en el mundo, padeció y murió en el mundo por salvar á los pecadores, y justificar y santificar mas á los justos y á los santos. Siendo estos los designios de Dios, ¿cómo deberian ser otros los de sus ministros? Vamos, pues, á procurarnos tanto bien por la intercesion y ruegos de esta afligida Madre y amabilísima Señora, cuyas lágrimas en la presencia del Señor eran para nuestro bien y remedio de un valor inestimable. Saludémosla afectuosamente con el arcángel san Gabriel, que aunque llena de aflicciones, siempre estuvo llena de gracias: *Ave María.*

6. El Evangelio de Jesucristo, aquel libro divino en que Dios nos manifiesta su voluntad santa y adorable: aquella carta del Señor enviada á los hombres, que con un estilo sencillo nos enseña las máximas mas puras, los preceptos mas saludables, los misterios mas profundos, los castigos mas terribles reservados al vicio, y los premios mas inestimables ofrecidos á la virtud: el santo Evangelio, en cuya presencia desaparecen las producciones mas brillantes de los filósofos mas profundos, de los legisladores mas sábios, y de los hombres mas hábiles que ha tenido el mundo; como que él no es obra de los hombres sino de Dios: este Evangelio que contiene mas misterios que palabras, y que en cada una de sus expresiones encierra un océano inagotable de doctrina, nos dice acerca de nuestro asunto que María santísima, Señora nuestra, estaba junto á la cruz en que padecia Jesús su Hijo amado, Dios y hombre verdadero. Nada encuentro en estas breves palabras que no sea un tormento: nada considero que no me mueva á llanto. Una cruz (suplicio infame en aquel tiempo) colocada sobre un monte: un Dios humanado, crucificado y muerto en ella á la vista de un pueblo inmenso que le insulta, le blasfema, le azota, le corona de espinas y le quita la vida, y una Virgen purísima, humildísima, perfectísima Madre de aquel Jesús, Dios y hombre verdadero, que presencia la muerte de su Hijo... Ved ahí tres misterios adorables que encierran aquellas breves palabras, que ni los Ángeles pueden enteramente entender, ni los hombres debidamente explicar: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.* Mas ha de mil y ochocientos años que han empleado sus talentos en descifrarlas los santos Padres y Doctores de la Iglesia. Los Crisóstomos, Damascenos, Jerónimos, Ber-

nardos y Buenaventuras se emplearon gloriosamente en este asunto: hablaron, predicaron, escribieron, agotaron, digámoslo así, aquel abundante raudal de sabiduría con que los había enriquecido el cielo, y al fin nos dejaron estas palabras tan llenas de misterios como cuando las pronunció el amado Evangelista: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. ¿Qué podré yo decir en vista de esto faltándome la elocuencia de san Crisóstomo, la dulzura de san Bernardo, el amor de san Buenaventura, y distando tanto de su virtud y santidad? ¡Ay! ¿No sería mejor retirarnos á meditar en silencio los adorables misterios de este santo tiempo, que degradar su majestad y grandeza con nuestras desproporcionadas expresiones? Si esto, que parece mejor, nos fuera permitido, no balancearía mi espíritu un momento en tomar este partido; pero ¿cómo podrá el ministro de la divina palabra negarla á los fieles en estos días en que tanto la han menester? Hablemos de los dolores de la Virgen firmemente convencidos de nuestra debilidad. Digamos que ellos fueron continuos, universales y vehementes, y que esta duración, universalidad é intension la compellan á exclamar: *O vos omnes, qui transitis per viam*, etc.

Primera reflexion: Los dolores de María fueron continuos.

7. Cuando no concediésemos á María santísima otro amor para con Jesucristo que el que tienen todas las madres á sus hijos, esto solo bastaría para atormentarla inponderablemente. Ellas sufren los trabajos mas penosos, vencen las dificultades mas graves, pierden gustosas el sueño por las noches, el sosiego por el día, sudan, se afanan y fatigan, y todo lo hacen de un modo que asombra por el amor que les tienen; pero si los ven padecer, si saben que están para morir, nada es capaz de detenerlas ni consolarlas. Arrostran los peligros mas inminentes, atraviesan los valles mas profundos, saltan por los riscos mas elevados, se fatigan en los caminos mas penosos por traer alguna medicina á su hijo, por dar algun alivio á su hijo, y entregarían su vida por librar á sus hijos de la muerte. Cuando solo este amor comun de todas las madres, vuelvo á decir, concediéramos á la Virgen, su dolor de presenciar la pasión y muerte de su unigénito Hijo sería bien terrible. Pero ¡ay! que el amor de la Virgen era proporcionado á la cualidad de Madre de Dios, y su dolor debe medirse por la muerte de un Hombre-Dios que era su Hijo...! Con la cualidad de una madre que se compade-

ce y la amabilidad del hijo que padece, ¿quién medirá la profundidad, extension y duracion de este dolor?

8. Predestinada ante todos los siglos á la dignidad incomparable de Madre del Señor, la enriqueció su divina Majestad con sus dones, sus gracias y sus misericordias, cuando la puso en el mundo á la vista de las gentes. Nada se hallaba en tan preciosa Señora que no fuese puro, santo, inmaculado y perfecto, como decia san Jerónimo¹. Su alma graciosísima estaba adornada de todas las virtudes morales y teologales en grado eminentísimo, y siempre obraba con ellas en su mayor perfeccion. Su cuerpo organizado maravillosamente era un milagro de la naturaleza, un pasmo de hermosura y la maravilla de su siglo. Compendiábanse en María santísima Señora nuestra las perfecciones de todos los mas eminentes hombres que habia tenido el mundo. En ella resplandecia la inocencia de Abel, la fe de Abrahan, la obediencia de Isaac, la paciencia de un Job, la castidad de un José y el celo de un Elías para mirar por la honra y gloria del Señor. En ella se hallaba la mansedumbre de un Moisés, la ciencia de un Salomon, la caridad de un David, la religion de un Tobías y el agregado de todas las gracias que tuvieron los Profetas, los Patriarcas, los Apóstoles, los Mártires, los Confesores, las Vírgenes y todos los demás justos de las tres leyes, natural, escrita y evangélica. De tantas gracias, decia el mismo Padre san Jerónimo, era conveniente adornar á nuestra amable Madre para que se hallase, como la saludó el Ángel, llena de gracia, y diese á los cielos gloria, á la tierra el Salvador, fe á las gentes, fin á los vicios, órden á la vida y norma á las costumbres².

9. No penseis ahora, carísimos oyentes, que todos estos privilegios, que todas estas gracias disminuian ó minoraban los dolores de María santísima al pié de la cruz en que pendia su amado. Todo lo contrario. Estas mismas gracias y privilegios hacian tan continuos, tan universales y tan vehementes sus dolores, que su conocimiento está reservado para gozo accidental de los bienaventurados por los interminables espacios de la eternidad. Como su cuerpo se hallaba tan maravillosamente organizado, y su alma com-

¹ Quidquid in ea gestum est, totum puritas et simplicitas, totum veritas et gratia fuit, totum misericordia et justitia. (Serm. S. Hieronymi, in officio Concept. Beat. Mar. Virg.).

² Talibus namque decebat Virginem oppignorari muneribus, ut esset gratia plena, quæ dedit cœlis gloriam, terris Dominum, fidem gentibus, finem vitiis, vitæ ordinem, moribus disciplinam. (Id. S. Hieron.).

prendia todas las cosas con una claridad tan pura, el dolor de ver padecer á su Hijo, á quien intensamente amaba, el desconuelo y tristeza al mirar la perdición de tantas almas por quienes su Hijo padecía, y cuya copiosa redencion inutilizarian para ellos por su misma perversidad y su malicia, martirizaban el purísimo corazón de la gran Reina con una vehemencia correspondiente al conocimiento de los objetos de que el temor y tristeza procedian. Con esta elevadísima noticia registraba las divinas Escrituras, y viendo en ellas prometida la Encarnacion del divino Verbo, que como Redentor del linaje humano habia de aparecer en el mundo, se atormentaba desde sus mas tiernos años con los deseos mas caritativos, y con las ansias mas amorosas de que llegase aquel feliz momento de mirar en la tierra al Deseado de las gentes, al Salvador del mundo. Eran tan vehementes y encendidos en el divino amor estos afectos, que hubieran consumido sus naturales fuerzas si el Espíritu Santo no la hubiera conservado milagrosamente. Enfermaba de amor, moria porque no moria de amor. ¡Qué dolor aun antes que naciera su Hijo amado!

10. Con esta sabiduría del cielo, despues que con un prodigio incomprendible se hizo Dios hombre, cuando su verdadera Madre le tenia en sus brazos y le alimentaba con su virginal leche, volvía á meditar en los santos Libros, y hallaba en ellos que aquel Niño, aquel hermoso Niño infinitamente mas agraciado que todos los hijos de los hombres, estaba puesto por señal de contradiccion, y seria, por los inmutables decretos del eterno Padre, ruina y resurreccion de muchos en Israel: que seria el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo: que aquellas delicadísimas y purísimas carnes se cubrirían de llagas: que aquel cabello hermoso se humedecería con la sangre que sacarían de su sacratísima cabeza las espinas de la corona: que se le eclipsarian aquellos divinos ojos: que seria abofoteado aquel rostro en que se miran con admiracion de su belleza los Ángeles del cielo: que aquellos lindos labios, aquel blanco cuello, y sus piés y sus manos, y todo aquel cuerpo formado por el Espíritu Santo con toda la perfeccion que puso en él su omnipotencia, quedaria denegrido, desfigurado, llagado y sin semejanza de hombre; porque se habia encargado de pagar á la divina Justicia las deudas del hombre pecador. Esta ciencia, este conocimiento era la espada de dolor que atravesaba su alma: aquella espada que profetizó Simeon cuando nuestra amable Madre presentó á su Hijo en el templo: aquella espada, que aun sin haber

llegado á su Hijo, habia ya traspasado á su Madre: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius*. No se interrumpia jamás este conocimiento, no se mitigaba un momento la fuerza, la vehemencia, la intension de su inexplicable amor; luego era precisamente necesario que su dolor fuese continuo, que durase toda su vida y todos los instantes de ella, porque no se pierde sin dolor, decia el Padre san Agustin, lo que con amor se posee. ¿Hubo algun momento en la vida de la Madre que no amase á su Hijo? Ninguno. ¿Hubo algun instante en que no estuviese cierta de cuanto habia de padecer su Hijo desde el pesebre á la cruz? Ninguno. ¿Queda, pues, algun instante sin dolor? algun instante sin conocimiento? sin amor? sin pena? Ninguno. Preguntadla sino, como á la esposa en los Cánticos: ¿En dónde está tu amado, ó la mas hermosa de las mujeres? ¿Á dónde se fué para que contigo le busquemos? Veréis como inmediatamente responde con David: *Astiterunt Reges terræ, et principes convenerunt in unum, adversus Dominum, et adversus Christum ejus*. Allá en Jerusalem se han juntado los príncipes de los sacerdotes y los fariseos contra Dios y su Cristo, mi hijo amado. Preguntadla sobre las señas de su hermosura, y os responderá con Isaías: *Non est species ei neque decor*. Preguntad sobre los milares de Ángeles que le asisten como á su mismo Criador, y os dirá: Miradle solo, afligido y sudando sangre en el huerto de Getsemani bebiendo hasta las heces del amargo cáliz que uno de sus Ángeles le presenta. Preguntadla para su consuelo sobre las grandes maravillas de su Hijo entre los hombres, la obediencia que le prestan los demonios, los elementos, las enfermedades y los sepulcros: decidle que atraidas las gentes de la santidad de su vida, de la pureza de su doctrina, de la amabilidad de su hermosísima persona, le escuchan, le siguen, le obedecen, le aman. Pero ¡ay! responderá la afligida Madre: ved ahí una causa muy poderosa de mi dolor. Los hombres, por cuyo remedio hace mi Hijo tantos prodigios; los hombres, que reciben ahora de su mano tan grandes misericordias, olvidados de tantos beneficios, ingratos á tantos favores, y volviéndose como enfermos frenéticos contra el médico que los sanaba, le buscarán para perderle, le prenderán, le azotarán pública é inhumanamente, le coronarán de espinas, le crucificarán y me lo pondrán á la vista, segun me lo tenia profetizado Isaías, como un varon de dolores, como un enfermo, como un leproso á

¹ Sine dolore non pereunt, quæ cum amore possidentur. (S. August. in Enchirid. c. 68, pag. 124).